



El Cine Mexicano

La exhibición reciente de una película mexicana, "El secreto del sacerdote", vuelve a recordar todas las observaciones que se han hecho en torno de la producción cinematográfica nacional. Esta cinta es una muestra más de los defectos y las fallas que ha venido padeciendo sistemáticamente, desde su nacimiento, la cinematografía nuestra. Nada puede decirse de ella que no se haya dicho antes sobre todas las películas mexicanas. La reincidencia en los mismos errores, la repetición de idénticas deficiencias, todo lo que de malo se advierte siempre en cualquier cinta salida de los estudios locales aparece en este nuevo film.

El principal defecto del cine vernáculo es el de superficialidad artística. Todos los cine-dramas nacionales tienen una gran semejanza con esas novelas por entregas que todavía hasta hace muy pocos años eran la lectura favorita de las pobrecitas costureras, meseras, tabaqueras, etc. Del mismo modo que todas las comedias son exactamente iguales a esas blandujas piezas del astrakán más barato que sigue congregando aún, en ciertos teatros mexicanos de la capital y de la provincia, la dulzarrona cursilería de las familias de nuestra ignorante, desorientada y ciega clase media. Esto puede dar una idea de la calidad artística del cine mexicano. Un cine que jamás se plantea seriamente problemas artísticos, cuestiones dramáticas de gran envergadura, que nunca intenta el abordaje de temas de rango superior, que, mucho menos, se enfrenta con los problemas de la expresión. Toda película mexicana desarrolla siempre su curso alderredor de fábulas elementales y primarias, absurdas y huecas, construidas sobre tres o cuatro persona-

jes desdibujados: el héroe ciento por ciento del estilo de las más antiguas series de episodios del cine yanqui de hace veinticinco años, necesariamente virtuosos, fuertes, esbeltos, bellos, con buena voz, etc., etc.; heroínas y villanos de la misma especie y, naturalmente, el tipo de color popular, falsificado hasta la más absoluta exageración. Jamás aparecen en las películas mexicanas personajes humanos, nunca se advierte una auténtica pasión, un verdadero sentimiento, albergados en el cuerpo de un hombre de verdad. Todo lo contrario: son los esquemas más falsos y pueriles trazados con las líneas más vacilantes los que toman el sitio de la vida. En raras, rarísimas excepciones, asoma fugazmente en algún film un personaje de carne y hueso que resulta exótico en medio de toda una composición del más vano artificio. Este defecto, cuya superación no ha sido intentada por nadie, que no ha sido, quizá, observado por los productores, es lo que da a las películas mexicanas ese aspecto anémico y fofo, esa categoría desabrida y mediocre que las aleja cada vez más del público y las hace recurrir a los más bajos recursos como la mala música pseudo popular, la falsa charrería o el peor de los camirranismos, para conservar cierto éxito tramposo. No hay una película mexicana que logre realmente interesar al espectador, introducirlo en el mundo de sus problemas, hacerlo participar con la vigilia apasionada del verdadero espectador de su desarrollo. Todo el mundo se burla del curso artificial del argumento, del juego banal de los personajes.

Y este defecto del cine nacional es la causa de otro, no menos grave: el cine mexi-

cano sigue teniendo el aspecto de un cine de malos aficionados al teatro, un cine sin expresión profesional, sin rasgos precisos en sus actores o sus actrices, sin verdaderas interpretaciones. Un cine sin verdaderas interpretaciones es el cine mexicano, y no puede haber grandes, ni pequeñas, interpretaciones donde no hay nada que interpretar. A su vez, de esta deficiencia arrancan toda esa multitud de fallas menudas e importantes que lo hacen detestable: todas esas cosas de que las grandes señoras elegantes del cine mexicano no sepan ni siquiera caminar, de que los personajes de origen popular resulten más cursis que la más aristocrática de las solteronas, que los charros no sepan tomar la rienda de un caballo, etc. Todos los errores escénicos, fotográficos, musicales, arrancan de la causa original que hace del cine mexicano un cine de aficionados.

Pero si los defectos que el cine tiene son graves, sus consecuencias son mil veces peores. A causa de aquéllos el cine nacional es una de las peores escuelas del mal gusto, de la perversión artística del público que lo mira en las pantallas de los cines. Del mal gusto, porque el cine mexicano difunde una serie de falsas expresiones artísticas populares de la más baja de las calidades, como puede advertirse por las canciones que pone en los labios de sus personajes o por el vestuario que les hace llevar; de la perversión artística porque tal difusión no hace sino corromper la sensibilidad de los espectadores.

Sin embargo, no es eso todo. El cine mexicano se ha constituido en el más perseverante propagandista de los mitos religiosos más fáciles de explotar en las masas engañadas de nuestro público; de los más equivocados instintos desenvueltos en una larga tradición de fanatismo; pero sobre todo, las películas vernáculos se distinguen por la réplica constante y tenaz a todo lo que treinta años de lucha revolucionaria han afirmado en México: la defensa del terrateniente, la exaltación del capataz son los motivos más frecuentes de las cintas nacionales, motivos que alcanzaron su expresión máxima en "El Rancho Grande" y "Allá en el Trópico". Todas las cintas mexicanas, tal vez con la sola excepción de "El Prisionero Trece", tienen un sentido feudal y fanatizante, inconfundible. Algunas que tratan de dar el timo de producciones revolucionarias como aquella infumable "Hambre", son vulgares camelos que desarrollan toda su tesis

en derredor de la Filantropía o de la convicción amorosa que hace a los grandes empresarios, magnánimos con sus obreros, con lo que, naturalmente, los trabajadores de la película se convencer de que hay que esperar todo de la benevolencia patronal. En este aspecto el cine mexicano es lo más parecido a la prensa mexicana, en su ningún decoro profesional y en su labor de engaño y desorientación. Tal vez porque los motores de uno y de otro se encuentran en manos semejantes. Nada hay más contradictorio, en efecto, con determinados aspectos del progreso del país, que nuestros periódicos y nuestras películas.

Hay más, mucho más que decir del cine mexicano, que es un problema de múltiples ramificaciones de varia índole. Lo iremos diciendo en algunos próximos viernes, pues estas líneas son apenas la introducción a una serie de reflexiones sobre el asunto del cine que este redactor se propone ir desenvolviendo en esta página, en la dosis que el espacio le permita.

Nuestro director es, cuando más, un pobre hombre, y COMBATE un periódico que nadie lee... dicen una y otra vez los periódicos y revistas al servicio de los ricos.

Pero no pasa un día sin que se metan con nosotros.

Ojalá en verdad nos hicieran poco caso. Así, nosotros desarrollaríamos nuestro programa en paz y ellos seguirían haciendo tranquilamente su negocio.

¿No se dan cuenta de que nos están haciendo gratis una propaganda que, según ellos, vale dinero?

Si son tan inteligentes ¿por qué no nos dejan en paz?

O a lo mejor quieren vendernos su silencio.

Quizás reunamos lo necesario, haciendo una colecta entre los lectores de COMBATE.

¿Cuánto querrán por callarse?

Hablando se entiende la gente.

LOS REGENTES DE FRANCIA

Durante la Tercera República Francesa que duró casi setenta años, muchos gobiernos entraron y salieron casi un centenar, pero en realidad, todo ese tiempo el país estuvo gobernando por los quince regentes del Banco de Francia. Erán ellos los verdaderos amos.

La Constitución de la Tercera República fue aprobada con la pobre mayoría de un voto, en un parlamento dominado por los monarquistas. Esta Constitución, que nunca sufrió en los años posteriores ningún cambio fundamental, fue cuidadosamente ideada por sus autores los monarquistas, a fin de garantizar con ella los privilegios de una pequeña minoría. Consecuentemente, el sufragio universal directo —de los hombres exclusivamente— sólo se concedió para elegir a la cámara baja, o sea la de Diputados. El Senado se creó para servir de freno y contrapeso. Esta cámara alta se elegía indirectamente, por electores municipales y de condado, sobre quienes era fácil ejercer presión privada de efectos decisivos. El uso de la presión era la regla, no el caso excepcional. Al Presidente de la República casi no se le dieron facultades de ninguna clase, pues era más un mascarón que un jefe ejecutivo. No obstante, tenía una prerrogativa de importancia: el derecho de escoger al Primer Ministro. Hubo más de un Presidente de la Tercera República que escogió de manera deliberada un Primer Ministro conservador, para amortiguar o frustrar las actividades de una cámara con mayoría de izquierda.

Peró paralelamente a esa estructura y por encima de ella, los autores de la Constitución dejaron intacto el Banco de Francia, que se conservaba en la cúspide de la pirámide del Estado, tal como Napoleón Bonaparte lo creara: autónomo, inviolable y con poderes sin restricción. Más de cien años antes, en el momento de su creación, el Banco de Francia fue bautizado en un folleto que circuló ampliamente, con el nombre de "la nueva Bastilla". Demostró ser, en realidad, una fortaleza de concreto levantada en interés de las gentes más ricas de Francia.

La "alta banca" como se le llamaba, seguía de cerca la marcha de cada una de las sociedades importantes, los establecimientos de crédito y los bancos comerciales de toda Francia. Arbitrariamente fijaba el tipo de descuento o de préstamos contra valores u oro. Mediante el descuento comercial de documentos daba vida a las empresas, del mismo modo que las condenaba a muerte al negarlo. En sus manos estaba el destino de las finanzas y la industria. Decidía la suerte de los gobiernos, pues concediéndole a un gabinete los créditos necesarios le permitían continuar y negándoselos, lo condenaba irremisiblemente a muerte.

En 1933, el capital del Banco de Francia estaba repartido solamente entre 31,000 accionistas, pero de ellos no más de 200 tenían derecho de voto en las asambleas generales de la institución. Los 200 accionistas fueron llamados "las 200 familias de Francia", pues controlaban las palancas decisivas en las finanzas y la industria de la nación.

Los negocios del Banco estaban dirigidos por un consejo de veintidós miembros: el gobernador, dos vice-gobernadores, quince regentes y tres auditores financieros. El gobernador y los vice-gobernadores eran nombrados por el gobierno. Pero sólo quienes poseían por lo menos cien acciones del Banco podían ocupar el cargo de gobernador. En 1933 cien acciones representaban un valor de dos millones de francos, aproximadamente. Para ser vice-gobernador se requería tener cincuenta acciones y era costumbre que los

Francia, debe recordarse que está escrita mientras Hitler sufría el martirio de estar preso. De entonces para acá, el hombre ha evolucionado considerablemente". Y he aquí lo que Hitler dijo confidencialmente al conde: "Estoy convencido de que una vez que la cuestión del Saar, que es territorio alemán, haya quedado arreglada, no habrá, en lo absoluto, cosa que pueda distanciar a Francia de Alemania... He repetido muchas veces que el destino de Alsacia y Lorena está ya decidido, y que nosotros no tenemos ninguna aspiración sobre esas provincias. Los que dicen que quiero la guerra, me insultan con ello. No soy un hombre de esa clase. ¿La guerra? Nada se arreglaría con ella. Empeoraría las cosas simplemente... sería el fin de nuestras razas, que son lo mejor del mundo, y haría triunfar al bolchevismo".

El conde de Brinon habló a Hitler de la intranquilidad que había en Francia con motivo del rápido rearme alemán. El Führer le contestó dándole su palabra de honor, la misma palabra que tantas veces había dado antes y habría de dar después. Declaró con solemnidad: "Soy yo el único que decide la política de Alemania y cuando doy mi palabra, acostumbro cumplirla".

Esta entrevista del conde, en noviembre de 1933, marcó el principio de una etapa importante. Daladier se había convertido en el fiador de la sinceridad de Hitler, al igual que "Le Matin", cuyas ligas con los poderosos trusts industriales y bancarios y con los grupos derechistas de la Cámara eran muy conocidas. De ahí en adelante, siempre que se ponía en duda la sinceridad de Hitler, sus partidarios podían contestar: "¿Pero no ha leído usted la entrevista en "Le Matin"? ¿No sabe usted que el propio Daladier responde por él?". De ahí en adelante, la engañosa propaganda pacifista de Hitler, se hacía la sombra protectora del Ministro de la Guerra, es decir, de los jefes del ejército y de los políticos reaccionarios que estaban detrás de él. Con la publicación de esa entrevista, la quinta columna hizo en Francia su primer fechoría.

En seguida vinieron otras. Jacques Chastenet, uno de los directores del influyente periódico "Le Temps", fue a Berlín a ver a Hitler. También él regresó convertido en un apaciguador. El movimiento interno, encaminado a acabar con la vida misma de Francia, se reforzó considerablemente.

La izquierda no supo captar el significado que tenían esos movimientos políticos. Los radical-socialistas y los socialistas, enfrascados totalmente como estaban, en combates parlamentarios, pequeños enredos y ocultos mangoneos, no reaccionaron vigorosamente contra el primer contacto oficial entre la reacción de Francia y Hitler.

El gabinete de Sarraut, cayó a las tres semanas. Un nuevo barajar llevó a Camille Chautemps al sitio de Primer Ministro. Daladier conservó la cartera de Guerra. Fue entonces cuando el escándalo anunciado por semanas enteras, estalló al fin. El "affaire" Stavisky sólo se apagó después de haber dejado escritas páginas sangrientas en la historia de Francia.

Alejandro Stavisky, el "bello Alejandro", era bien conocido, de años atrás, en el bajo mundo y los círculos dudosos de París, al igual que en la sociedad elegante. Es-tando ya procesado por falsificación de cheques con monto de Frs. 350,000.00 había falsificado bonos de las casas de empeño del municipio de Bayona, pequeña ciudad del suroeste de Francia, por doce o trece millones de dólares. Al verse perseguido por la policía, se había suicidado en Chamoni, Suiza, de acuerdo con el informe que se publicó oficialmente, pero según la opinión de muchos periódicos parisienses, especialmente los de derecha, se le había dado muerte porque sabía más de la cuenta.

Ahora bien, en el asunto Stavisky, lo más importante no era la estafa financiera en sí misma. Con anterioridad había habido otras, por sumas de dinero mucho mayores. Pero en este escándalo se hallaban implicados varios miembros del gabinete, entre los cuales se contaban Georges Bonnet, algunos diputados, jueces de categoría, varios directores de periódicos y el prefecto de policía Chiappe. El escándalo, además, abarcaba sin discriminación, lo mismo a políticos de la derecha, que a radicales-socialistas de la izquierda. Pero la derecha francesa se adueñó de este asunto para preparar el terreno y llegar a dominar el gobierno, hasta convertirlo en vanguardia del fascismo francés.

Comenzó, pues, un ataque de inusitada vehemencia contra la izquierda. El peso del asunto corrió a cargo de "Acción Francesa", periódico de tendencias realistas dentro del fascismo, "Le Jour", hoja de la extrema derecha y "Gringoire", violento semanario publicado por el yerno de Chiappe. Todos esos periódicos aumentaron en muchos miles el volumen de su circulación, por el escándalo Stavisky.

A principios de 1934, con motivo de la reapertura del parlamento, hubo en las ca-